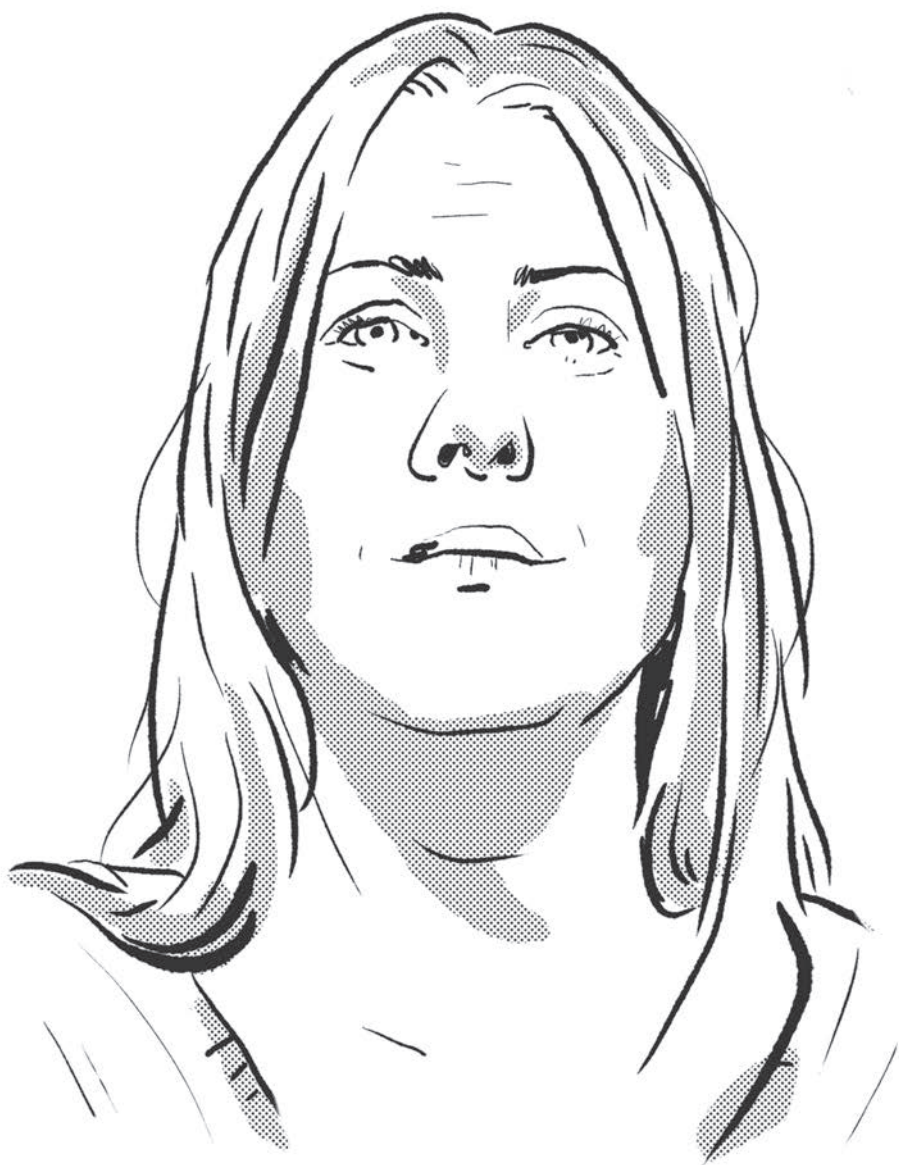




Seix Barral

Caroline Darian

Y dejé de llamarte papá





Seix Barral Los Tres Mundos

Caroline Darian

Y dejé de llamarte papá

Traducción del francés por
Lola Bermúdez y Lydia Vázquez

DOMINGO, 1 DE NOVIEMBRE DE 2020

Mañana mi hijo Tom, de seis años y medio, tiene que llevar mascarilla al colegio. Así que ensayamos el gesto. Una, dos, diez veces.

Publico una foto suya, con mascarilla, en mi cuenta de Facebook. Inmediatamente, mi padre responde: «Pobrecito Tom. Buena suerte para este comienzo de curso tan especial. Tu abuelo, que te quiere».

Todavía no lo sé, pero este es el último contacto con mi padre.

¿Cómo es mi vida en esos momentos? Tengo cuarenta y dos años, un trabajo que me apasiona, un marido, un hijo y una casa. En otras palabras: una vida sencilla, que no se ve afectada por ningún seísmo. Una vida privilegiada. Aún conservo la inocencia

de los días que transcurren sin sobresaltos. El mañana es una promesa, nunca una amenaza. Mi vida gira en torno a mi marido, mi hijo, mi trabajo, mis actividades, mis padres, mis hermanos y mis amigos. Todo es absolutamente banal.

Pero nadie mide el precio de lo banal hasta que lo pierde.

LUNES, 2 DE NOVIEMBRE DE 2020

Dejo a Tom en la puerta del colegio, justo a tiempo. Le doy un beso cariñoso. Vuelvo a casa, preparo un café, me conecto. En la agenda: reunión, reunión, reunión. Videoconferencias sin fin.

11.00 horas. Mi marido llega a casa. Paul trabaja por turnos. Le envía un mensaje a mi padre: «Acabo de enterarme del recorrido del Tour de Francia 2021. Propongo un plan fantástico en familia: el 7 de julio puedes llevar a tu nieto por la ruta del Mont Ventoux, ¿OK?». Se prepara un almuerzo rápido y luego se echa una siesta.

Cuando despierta, descubre dos llamadas perdidas desde números fijos del Vaucluse.

Este es el punto de inflexión. Un mensaje telefónico, como cuando un hospital avisa a la familia.

A menudo este punto de inflexión tiene una voz, un rostro. El anuncio de una desgracia siempre se encarna en alguien. Durante el resto de nuestras vidas recordaremos la voz o el rostro de la persona que nos dio la noticia. También recordaremos, con todo detalle, lo que estábamos haciendo justo *antes*.

Mi punto de inflexión se produjo como un efecto dominó. Fue mi marido el primero en enterarse de la noticia. Paul escucha el primer mensaje dejado por mi madre: «Soy yo, es urgente. Se trata de Dominique. Por favor, llámame».

Dominique, mi padre, pesa más de cien kilos y tiene problemas respiratorios.

Así que, naturalmente, en plena crisis de covid, Paul ya se lo imagina en cuidados intensivos. Pero el otro mensaje procede de un teniente de la policía departamental de Carpentras. Paul llama primero a mi madre:

—Pero ¿qué pasa?

—Dominique va a ingresar en prisión. Lo descubrieron filmando bajo las faldas de tres mujeres en un supermercado. Permaneció detenido cuarenta y ocho horas y después lo soltaron. Mientras tanto, la policía inspeccionó su teléfono móvil, varias tarjetas SIM, su videocámara y el ordenador portátil. Los hechos son mucho más graves.

Si mi madre ha decidido llamar a Paul antes que

a mí es porque todavía no tiene fuerzas para decírselo a ninguno de sus tres hijos. También sabe que puede confiar en él. Paul es lo bastante fuerte para oír este tipo de noticias.

Llegan a un acuerdo. Mi madre me llamará primero, y delante de él.

Un poco aturdido, Paul telefona al teniente de policía. El mazazo.

—Hemos encontrado vídeos que muestran a su suegra dormida, visiblemente drogada, con hombres abusando de ella.

Esas palabras suenan huecas. Abren una brecha aterradora. Paul se ve propulsado a otra dimensión, la de las noticias de sucesos impensables revelados por los medios de comunicación, que hasta ahora han trazado una línea divisoria entre lo sórdido y nuestras vidas, que pertenecían al mundo de *antes*.

Imperturbable, el teniente da cuenta de las informaciones, y todas ahondan en el abismo de lo imposible, instalándolo en nuestras vidas.

Las agresiones sexuales se vienen produciendo al menos desde septiembre de 2013, fecha de las primeras imágenes que los investigadores extrajeron de los distintos dispositivos digitales de mi padre. El número de agresores es asombroso:

—Setenta y tres, por el momento. Hasta ahora

hemos identificado a unos cincuenta. Tienen edades comprendidas entre los veintidós y los setenta y un años, procedentes de todas las categorías sociales: estudiantes, jubilados, incluso un periodista. Su suegro organizaba, fotografiaba y filmaba todos los actos. Hasta para mí ha sido difícil ver todos esos vídeos. Y todavía no hemos terminado de peritarlo todo.

El equipo policial llevaba mes y medio trabajando día y noche. Los investigadores temían por la vida de mi madre. Tantas drogas, cuando está a punto de cumplir sesenta y ocho años... El teniente concluye:

—Cuídenla bien. Va a necesitar apoyo.

Paul solo tiene una cosa en mente. Salir. Escapar de la casa. Sabe que aún me quedan unas horas de descanso antes de que me catapulten al otro mundo. Abducida tras la pantalla de mi ordenador, ni siquiera lo veo pasar por mi lado y salir de casa.

En el coche, Paul llama a su hermana Véronique, la madrina de Tom. Le pide ayuda esa misma noche. Idean una estratagema para no despertar mis sospechas.

Cuando me doy cuenta de que mi hijo y mi marido han vuelto del colegio, mi jornada maratoniana acaba de terminar y son casi las siete de la tarde. Les

propongo una cena japonesa. Y justo cuando estoy a punto de salir de casa, suena el timbre. Es Véronique. Alegre, sonriente y cariñosa como siempre.

—Solo pasaba por aquí.

Tom salta a sus brazos. Me dirijo al restaurante japonés. En el coche, telefono a mi madre, que, extrañamente, me despacha a toda prisa. Tengo un mal presentimiento.

De vuelta del restaurante, pongo las bolsas en la mesa del comedor. Oigo reír a mi hijo con su madrina. Esos pequeños sonidos de la vida cotidiana todavía no son reliquias.

En la cocina, Paul me mira con expresión seria. Me pide que me siente.

Suena mi móvil. ¡Por fin me llama mi madre! El reloj del horno de nuestra cocina, que veo justo detrás de Paul, marca exactamente las 20.25 horas.

Más tarde sabría que las personas que han sufrido un shock traumático a menudo solo retienen un detalle, un olor, un sonido, una sensación, algo minúsculo que se convierte en enorme.

En ese momento veo el reloj del horno. Son las 20.25 en números blancos. Una frontera cifrada. Me llamo Caroline Darian y estoy viviendo los últimos segundos de una vida normal.

Sigo oyendo la voz temblorosa de mi madre. Me pregunta si he llegado a casa y si estoy con Paul.

Insiste. Se asegura de que estoy sentada y tranquila para oír lo que tiene que decirme.

—Caro, tu padre está en prisión preventiva desde esta mañana, y no podrá volver a salir. Lo van a encarcelar.

Me echo a temblar, no entiendo muy bien lo que me dice.

—Tu padre me drogaba con somníferos y ansiolíticos.

—Pero, mamá, ¿qué estás diciendo?

—Y eso no es todo. Tu padre también invitaba a hombres a casa cuando yo estaba inconsciente en nuestro dormitorio. He visto varias fotos mías. Dormida, tumbada bocabajo y en mi cama, con hombres diferentes cada vez, todos desconocidos.

Pierdo el control. Grito, insulto a mi padre. Voy a romperlo todo.

—Caro, es la verdad. Tuve que ver varias fotografías en la comisaría. Creí que mi corazón dejaría de latir. El teniente me dijo que también había muchos vídeos en los que me agredían. Quería que viera uno, pero le dije que las fotos ya eran bastante insoportables. Me dijo: «Lo siento, señora, pero lo que ha hecho su marido es monstruoso».

Se echa a llorar.

Paul me abraza.

Las imágenes se superponen, abyectas, sin senti-

do: mi madre en su cama con un desconocido, con los ojos cerrados, inerte...

Te recuerdo al volante del Renault 25 negro, demasiado cargado, cuando nos íbamos de vacaciones. Contabas chistes, ponías a Barry White y marcabas el compás del estribillo con la cabeza, tan excitado como nosotros, los niños, que íbamos apretujados atrás. Esa imagen feliz acaba de hacerse añicos. A partir de ahora eres un organizador de orgías, además de un terrible mentiroso: mamá me cuenta que tu último desayuno fue absolutamente normal. ¿Qué reservas de duplicidad debes de tener para haber representado la comedia de la tranquilidad durante todos estos años...?

Mi madre cuelga, ahora tiene que llamar a David, mi hermano mayor, y luego a Florian, nuestro hermano pequeño.

Me derrumbo. Acurrucada contra mi marido, me siento abrumada. Me cuesta respirar.

Mi padre drogó a mi madre antes de hacer que la violaran unos desconocidos. Esta frase es inverosímil. Es tan violenta que solo puedo percibir los reflejos, como una piedra afilada, fragmentos que arañan mi conciencia, sin darme cuenta del alcance de su destrucción. ¿Y si una sobredosis la hubiera matado? ¿Y si no se hubiera despertado? El horror se prolonga

desde que se mudaron al Vaucluse hace casi ocho años, cuando mi madre se jubiló.

Yo no vi nada, no sospeché nada. Ni ella tampoco. Ni rastro, ni el más mínimo atisbo.

Todo se borraba gracias a las frecuentes y diminutas dosis de medicamentos que mi padre solía darle. Recuerdo nuestras conversaciones telefónicas, cuando mi madre estaba desorientada o parecía divagar. Sus ausencias nos preocupaban. Nosotros, sus tres hijos, vivimos a más de setecientos kilómetros de ella. Incluso habíamos pensado en un principio de alzhéimer. Mi padre le restaba importancia. Solía decir: «Vuestra madre no sabe cuidarse, siempre está de aquí para allá, es hiperactiva, es su forma de gestionar el estrés».

En 2017 instamos a mamá a que pidiera cita con un neurólogo, al que fue a ver a Carpentras. Este primer especialista habló de un ictus amnésico, una especie de agujero negro, una pérdida de memoria sin secuelas. Ignorábamos, como bien saben los especialistas en neurología, que nunca se sufre más de un ictus a la vez.

En otoño de 2018, mi tío, médico de medicina general jubilado, mencionó un mecanismo de descompensación: «Del mismo modo que, cuando la bolsa de una aspiradora está llena, se para la máquina

para que no se queme, así te desconectas tú para que se recarguen las pilas», le dijo. Todos nos creímos esa hipótesis, a pesar de que mi madre se había hecho un escáner, claro está, sin ningún resultado. ¿Cómo íbamos a pensar en un análisis toxicológico?

Pero a medida que pasaba el tiempo y se multiplicaban las ausencias, mamá se preocupaba cada vez más. Sufría de insomnio recurrente, perdió el pelo y adelgazó: más de diez kilos en menos de ocho años. Siempre temía sufrir un derrame cerebral, y eso la angustiaba mucho, sobre todo cuando cuidaba de sus nietos o cogía el tren para venir a verme a la región parisina.

Por este motivo, progresivamente, mi madre dejó de conducir. Fue perdiendo cada vez más autonomía.

En 2019 fue a ver a otro neurólogo en Cavaillon, que achacó su trastorno a la ansiedad. Le recetó melatonina para mejorar la calidad del sueño...

Debo ir a estar con ella. No puedo dejarla allí, sola en el Vaucluse, en esa casa que fue escenario de tantas atrocidades.

Paul lo organiza todo.

Necesito salir, llamar a mis hermanos. Cuando David descuelga, me doy cuenta por su voz de que aún no sabe nada. Me he adelantado a mamá. Me culpo a mí misma. Decido ir directa al grano. David

guarda silencio. Tarda diez segundos en asimilar lo que le digo y en formular algo audible:

—Pero... no es posible. Caro, estás de broma, ¿verdad?

Me hace preguntas, pero no tengo todas las respuestas. Me gustaría tranquilizarlo un poco. Siento que se pone tenso. Cuelga para llamar de inmediato a mamá.

Cuando por fin consigo hablar con Florian, nuestro hermano menor, ya ha hablado con mi madre. Está aturdido:

—¿Cómo ha podido hacerle algo así a mamá? ¿Y nosotros? ¿Pensó en nosotros?

Yo lloro como una niña.

Florian me cuenta todo su resentimiento y su odio cuando piensa en el verano de 2018. Me habla de su última cena, la noche en que se fue, después de pasar algunos días en casa de nuestros padres con sus dos hijas. Él y su mujer presenciaron una escena inquietante. Pocos minutos después de sentarse a cenar, mamá desconectó. El codo le flaqueó. Se tambaleó en la silla, como si estuviera borracha. De repente, su cuerpo se quedó sin energía, como una muñeca de trapo.

—Sigo sin encontrar las palabras para describir la relajación de todos sus miembros, Caro. Estábamos hablando con ella, pero era como si estuviera bajo

hipnosis. Inmóvil y sin fuerzas, con la mirada perdida. Dejó de responder.

Mi padre decidió acostarla: «Es mejor. Ocurre de vez en cuando, cuando se descompensa por un exceso de actividad».

En realidad, el cóctel de medicamentos que le había administrado en el *office*, en el vaso de vino rosado del aperitivo, empezaba a hacerle efecto.

Aquella noche, mi padre responsabilizó de aquel malestar a Florian y su familia, que finalmente se marcharon.

Cuelgo. Necesito dar un par de vueltas a la manzana.

Esta noche la temperatura no es ni de cinco grados, y sin embargo ardo de rabia. Paul me sigue.

Decide convencer a mis hermanos para que se marchen conmigo a la mañana siguiente en el primer tren. Los consuela como puede con sus palabras:

—La vida es mucho más fuerte, los tres tenéis que arropar a vuestra madre lo antes posible.

Insiste:

—Tenéis que hacer piña con ella. No podéis pasar por esto cada uno por vuestro lado.

También advierte:

—Vais a tener que ser valientes y estar unidos,

porque todo esto acaba de empezar y aún no lo sabemos todo.

Aviso en el trabajo y pido unos días libres. Es hora de ir a la cama. Necesito que estemos juntos los tres. Al final me duermo, con la mano de mi hijo entrelazada con la mía.